

REPERTORIO AMERICANO

San José, Costa Rica 1925 Lunes 30 de Noviembre

SEMENARIO DE CULTURA HISPANICA

SUMARIO: *José Ingenieros*, por Miguel Ángel Asturias.—*Poesías*, por Carlos Préndez Saldías.—*El idolo amarillo*, por Luis de Zulueta.—*La herencia de Zulen*, por Jorge Basadre.—*El alma del conquistador*, por Leopoldo Lugones.—*Palique*, por Eugenio d'Ors.—*Pepita y Don Juan*, por Serafín y Joaquín Álvarez Quintero.—*Noches syracusanas*, por Roberto Brenes Mesén.—*¿Qué es antes? ¿la escuela o el maestro?*, por Luis Bello.—*El progreso de los estudios históricos en América*, por Francisco García Calderón.—*Lírica puertorriqueña*.

ME acerqué a José Ingenieros con cierto temor, con el cierto temor y poco entusiasmo con que me acerco actualmente a las maravillas del mundo, después de haberlas visto en fotografía o en postal. Estoy, no sé cómo estoy, pero me han defraudado las maravillas y las celebridades. Dejemos esto para seguir con Ingenieros. La impresión que hace Ingenieros es totalmente distinta de la que se figuran los que se lo saben con panza de catedrático y anteojos. Nada de eso. Ingenieros da la impresión de un buen hombre. Un hombre que dice malas palabras y cuenta historias anecdóticas picantes. A su figura agradable y cuarentona une una manera de hablar corriente y sabrosa. En su conversación no hay ideas madres ni giros rebuscados. Habla como beber agua, familiarmente. A cada instante sonríe, última coquetería que le queda de su juventud, de cuando era enamorado y escribía crónicas de viaje y elogios floridos a Eleonora Dusse. Quería decir, si no lo he dicho, que el maestro es simpático, sencillo, humilde, poblano.

¿Cómo le conocí? Pues por casualidad. Le conocí en una reunión de estudiantes e intelectuales hispano-americanos. Sucedió que, como cumplido latino, llegué a la sesión pasada la hora, cuando ésta había principiado, cuando mis amigos y colegas discutían acalorados, desatentos e inquietos. Ocupé silenciosamente una silla al lado de un señor a quien no recuerdo haber visto con atención,



José Ingenieros,
su obra, sus opiniones y su personalidad

tan vulgar me pareció su figura, y quise enterarme de lo que se trataba para poder discutir y opinar, pues jamás me han gustado los papeles decorativos. El señor a que me refiero fué consultado varias veces. Uno de los oradores al dirigirse a él le llamó maestro y hasta después, en uno de los giros de la discusión, otro agregó su nombre: Ingenieros. Inmediata-

mente me dí cuenta de que era el maestro e inmediatamente le saludé, creyendo de mi obligación en aquel saludo afectuoso agradecerle los caminos que alumbró a mis días de estudiante, cuando leí sus principales obras.

Desde aquella tarde frecuenté su casa, pasé a su lado inolvidables horas y con él visité algunos rincones de París. Bien pronto me dí cuenta de que era enemigo a muerte de los periodistas que trataban de entrevistarle y me abstuve de acercarme a él como periodista. Quiere decir que estas impresiones son de carácter más íntimo. En ellas no hay glotonerías de periodista preguntón. Se trata de conversaciones tenidas a lo largo de una calle, en una sala, visitando una pequeña iglesia del barrio latino, bebiendo una taza de café de sobremesa, etc. Ingenieros no me perdonaría jamás que hiciera esto como periodista y de ahí que lo haga como discípulo, enamorado de su optimismo y de su amor por las nobles empresas. Y hay algo más, al hacerlo no trato de dar divertimento a un centenar o a muchos centenares de pobres gentes, sino de llevar a la ju-

ventud de mi país el entusiasmo siempre joven del más joven de los maestros de América, del que los ha ayudado al desfloramiento espiritual leyéndolo: a dar los primeros golpes contra las divinidades y los ídolos levantados en escuelas y enseñanzas grises sobre mentiras y fábulas dañosas. ¡Que los jóvenes a través de lo que aquí digo de José Ingenieros